

Algo más del yo enunciador: “Vamos enajenándonos”; desde Rimbaud, tiene el sujeto la sensación de ser otro o de ser dos, de desdoblarse, como en los poemas de Julia Barella: “Convivo con dos caras / una estática de sal, otra teatro y creación”; “Este poema avisa de dos memorias”; “Dos lunas en mi mundo... / luna blanca de acción, / luna verde de tormenta”. Acaso por esta razón, en algunas piezas parece asomar el ser que se desearía ser: “Si fuera ella...”, se dice, o aflora el deseo de abrirse como un abanico “al mundo sin prohibiciones / donde cambiar no paraliza los sentidos”.

C.C.J. en las ciudades es obra de un poeta que ha saboreado (y estudiado) mucha poesía. Y ese hecho deja innumerables huellas llamémoslas culturales o, mejor, intertextuales, en sentido amplio: por ejemplo, todos los poemas efrásticos de la segunda parte, “C.C.J. en la pintura” (contemplación, interpretación, recorrido por algunos laberintos personales). “La siesta de Mallarmé” es título que nos lleva a la de un fauno, poetizada por el francés; y están presentes Quevedo, Juan Ramón, Cernuda...; y hay sutiles alusiones a Garcilaso (“este es un canto de duelo, no un dulce lamentar”), a San Juan (“La soledad, el cerco sosegaba”) y, claro está, a Gimferrer, a quien Julia Barella editó en Visor en el año dos mil: “Odio mi memoria, qué pureza perderla”; y el poeta catalán y la evocación que él hizo de Pound alientan en “La Dogana”, que así se llama la aduana de Venecia: “Me senté en la Dogana... / sintiendo o pensando mi instante de vida / ya pensado y sentido por otros...”; hasta el título del poema “Arde Creta” recuerda el de *Arde el mar*. Pero el lector no comparece ante una página erudita (cult, sí), sino entrañada en otras voces hechas voz propia y apropiada en este texto singular que exige capacidad de entrega por parte del lector e intuición para acceder a esas ciudades que, al fin, todos hemos recorrido y acaso llevamos dentro.

José Enrique Martínez Fernández



Agnieszka Matyjaszczyk Grenda y Fernando Presa González (eds.), *Viajeros polacos en España*, Madrid (Huerga-Fierro) 2001, 284pp.

Una mirada foránea puede enriquecer la visión de lo propio. Seguramente esta máxima, o alguna otra semejante, ha guiado a Agnieszka Matyjaszczyk y a Fernando Presa a la hora de configurar el presente libro. Frente a una época, la nuestra, en la que los sistemas de comunicación han dejado casi obsoleto el subgénero literario del viaje, la propuesta de los editores resulta sugerente por lo novedosa: conocer lo que algunos escritores polacos pensaban de España y de los españoles en los siglos XIX y XX. En este proceder, como en toda manifestación literaria, interviene un componente subjetivo y es que el escritor refleja una realidad en función de sus intereses, pero también de acuerdo al contexto que le rodea: relaciones políticas entre los países, modas literarias, presión de la censura, traducciones directas o indirectas, etc... Una de las consecuencias inmediatas que se desprenden de esta actividad es la formación de estereotipos y tópicos que se van fosilizando en la conciencia de los lectores. Vemos, pues, cómo los compiladores de esta edición se basan en los postulados de la

Estética de la Recepción para acercarse y comprender de un modo más fidedigno los textos de los escritores polacos.

Ahora bien, es necesario conocer previamente el origen de este interés por todo lo que resuena a español y así, de un modo sucinto y clarificador, se dedican varias páginas a poner de relieve los momentos estelares de acercamiento entre España y Polonia. La afluencia de peregrinos polacos en el camino de Santiago será un primer gran motivo para este conocimiento mutuo. Siglos más tarde, el descubrimiento de América encumbrará a España como una gran potencia económica y ello provocará que todas las naciones europeas, entre ellas Polonia, centren su atención en nuestro país. Otras motivaciones, en clara sintonía con alguno de los acontecimientos más relevantes de los siglos XVI y XVII, contribuyen a estrechar los lazos entre ambas naciones: la aparición de la imprenta, los intercambios diplomáticos, la expulsión de los judíos, la labor didáctica de los jesuitas en la enseñanza de la ascética y la mística, los enlaces entre la aristocracia y la corte regia, etc...

Es importante destacar, y así lo hacen los editores, que el conocimiento de lo español viene dado en la mayoría de los casos de un modo indirecto, es decir, por vía de la traducción; además, no siempre se acude al original español sino también a versiones italianas. De un modo u otro se difundió en Polonia la literatura mística (Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz), poética (Quevedo) y ensayística (Gracián), haciéndose eco en menor medida del teatro y la novela.

Los acontecimientos políticos que en estos siglos ejercían un influencia determinante sobre el resto de actividades de un país determinaron que en la segunda mitad del siglo XVII decayese el interés por España. Tras los "gloriosos" reinados de Carlos I y Felipe II, el territorio español entra en una etapa de decadencia que implica la atención hacia otras naciones pujantes como Francia o Inglaterra. Todo volverá a la situación original tras los siglos XVIII y XIX en los que Polonia es víctima de anexiones y conflictos bélicos. Será entonces cuando los escritores polacos apoyados por los ideales románticos de patria y libertad vuelvan a concebir a España como un espejo en el que mirarse. Uno de los textos incluidos en este libro, "Impresiones de un viaje a España" (1899) de Wojciech Dzierżyski, revela esta sensibilidad. Sin embargo, paradójicamente, este interés no se traduce en un apoyo concreto durante la Guerra de la Independencia, pues numerosos contingentes polacos se alían con Napoleón en su afán expansionista. Por otro lado, es en este siglo cuando proliferan las visitas de escritores polacos a nuestro país. Muchos de ellos, como el Nobel de Literatura (1905) Sienkiewicz, no consiguieron dejar a un lado los tópicos asumidos y volverán a considerar la realidad española desde planteamientos parciales y sesgados (uno de los relatos que aparece en la presente edición es buena prueba de ello: "Recuerdos de España: una corrida de toros", 1899).

Este y otros como Witkowski o Czyzewski, nombres desconocidos para el gran público español, cumplen la tesis que sostienen los autores de la edición: los escritores polacos no son capaces de desprenderse de sus lecturas e ideas previas sobre España; llegan a nuestro país y se encuentran con una heterogeneidad de razas, lenguas y costumbres que chocan con aquello que han aprendido de un modo indirecto. De ahí que sólo aquello identificado con lo tópico (Andalucía) sea centro de su preocu-

pación y otros territorios radicalmente distintos como Castilla sean víctimas de su incompreensión.

La selección de textos que aquí se ofrecen están acompañados de una serie de notas críticas que facilitan notablemente su comprensión. Ello, unido al panorama histórico-cultural esbozado en la introducción, ponen al lector frente a una forma de conocimiento alejada de los parámetros actuales. La sorpresa y novedad de antaño se ve sustituida por la inmediatez de hoy en día, por eso es conveniente acudir a otros testimonios, máxime extranjeros, que, independientemente de la mayor o menor fidelidad a la verdad, enriquecen y completan la historia de una región, de un país, en definitiva, del hombre y del mundo.

Saúl Garnelo Merayo